



# 141

MARZO  
2012

## DESNUCLEARIZACIÓN DE IRÁN: Kazajstán como referente

**Nicolás de Pedro** Investigador de CIDOB

**E**l pasado 7 de febrero, el presidente kazajo, Nursultán Nazarbáyev, exhortó en Berlín a su homólogo iraní a seguir su ejemplo y renunciar al armamento nuclear. Como es habitual, el régimen kazajo no desperdicia ninguna oportunidad para rememorar el valor de su desnuclearización voluntaria y su papel como garante de la paz y la estabilidad en el espacio euroasiático. Pero, ¿ofrece el caso kazajo una analogía realmente útil para afrontar la actual crisis iraní? ¿Puede o aspira a jugar algún papel en esta crisis el presidente Nazarbáyev?

En diciembre de 1991, Kazajstán asumió su independencia con más resignación que entusiasmo y se convirtió, *de facto* y sin buscarlo, en la cuarta potencia nuclear del mundo. El nuevo Estado independiente contaba con más de cien misiles balísticos intercontinentales con unas 1.200 cabezas nucleares operativas. Un arsenal enorme y de futuro tan incierto como el del propio país en aquel momento. Una parte significativa de la *nomenklatura* kazaja consideraba este armamento como la mejor, e incluso única, garantía para la defensa de la soberanía y la integridad territorial del país frente a posibles agresiones externas. Cinco años después, sin embargo, todo el material había sido o desmantelado o destruido.

Entre la población de Kazajstán, la cuestión nuclear generaba un alto grado de oposición y, de hecho, fue el vector alrededor del cual se articuló la oposición política en los últimos años de la época soviética, con conocidos movimientos ecologistas como el de Nevada-Semipalatinsk. Kazajstán albergaba algunas de las principales instalaciones relacionadas con el programa de armas estratégicas soviéticas, tales como el polígono de ensayos de Semipalatinsk (con unas 500 pruebas nucleares realizadas), el complejo de Stepnogorsk (la mayor fábrica del mundo de armas químicas y biológicas), o los laboratorios en la isla de Vozrozhdeniye (también dedicados a las armas biológicas). Todo ello conformaba una cartografía del horror en Kazajstán que había tenido un grave y profundo impacto entre las poblaciones de las áreas circundantes.

Dentro de la *nomenklatura* kazaja la cuestión provocaba vivos debates; pero, el arsenal nuclear era, mayoritariamente, considerado desde una perspectiva instrumental para hacer frente a la coyuntura específica de la independencia y no como parte de un planteamiento estratégico de mayor alcance. De hecho, para Kazajstán y, más específicamente, para el propio presidente Nazarbáyev el mantenimiento

del arsenal entrañaba más riesgos que su desmantelamiento. Sin reconocimiento y respaldos internacionales (incluyendo inversiones extranjeras), Kazajstán tendría serias dificultades para consolidar su propia existencia como Estado independiente. Es decir que, a diferencia de Irán, este armamento era percibido como un lastre de cara a implementar su llamada agenda exterior multivectorial, que no era sino un intento de reducir la dependencia con respecto a Rusia y hacer de la necesidad, virtud.

Pero, y esto seguramente era la clave, Kazajstán no podía, ni financiera ni técnicamente, afrontar por sí solo el mantenimiento de este arsenal. Así que aceptar el desmantelamiento solicitado tanto por EEUU como por Rusia, China o las principales potencias europeas, era sólo cuestión de tiempo y lo relevante era decidir cuándo y cómo podía ser más beneficioso para el país y su régimen. Las garantías de seguridad obtenidas, fundamentalmente de Rusia y, sobre todo, de China (incluyendo la resolución paralela del litigio fronterizo heredado de la URSS), despejaron el camino para acceder al desmantelamiento.

Por otro lado, y teniendo en cuenta que Astaná mantiene unas relaciones amistosas con Teherán, con quien coincide en diversos foros regionales, cabe la posibilidad de que el presidente kazajo pueda o aspire a jugar algún papel en esta crisis. Muy probablemente, las declaraciones de Nazarbáyev en Alemania tienen como principal objetivo recuperar su deteriorada imagen tras la violenta represión de la huelga de trabajadores en Zhanaozén (que se saldó con alrededor de veinte muertos) a mediados de diciembre y las, nuevamente, fallidas, elecciones parlamentarias del 15 de enero. No hay que perder de vista que, para mitigar las críticas occidentales por la débil democratización del país, el dirigente kazajo suele ofrecer, además de petróleo y gas, su apuesta por la paz internacional y la estabilidad interétnica en Kazajstán. Así, resulta más que probable que, en Berlín, más que en Ahmadineyad Nazarbáyev estuviera pensando en los líderes europeos, con un mensaje destinado a recordarles que él es un líder 'fiable y amistoso'.

De esta manera, son poco probables iniciativas audaces del presidente kazajo en los foros en los que se reúne con Irán, como las reuniones anuales de los Estados ribereños del mar Caspio o las cumbres de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) en la que Teherán participa como observadora. A Astaná no le interesan en absoluto ni la nuclearización de Irán ni un hipotético conflicto armado, pero su capacidad de influencia es más que limitada. De hecho, Kazajstán, como principal exportador mundial de uranio, ya ejerce el máximo de su influencia manteniendo su compromiso de no suministrar este material a Irán. En las reuniones de los países ribereños del Caspio el tema del programa nuclear iraní se mantiene fuera de la agenda. No sucede lo mismo en las reuniones de la OCS, organización que, por ejemplo, avaló el tratado para el establecimiento de una zona libre de armas nucleares en Asia Central. Teherán ha solicitado, hasta ahora sin éxito, su adhesión como miembro pleno de la OCS. Por el momento, si excluimos al débil Tadjikistán, los miembros de la aún incipiente OCS no han mostrado ningún entusiasmo ante una potencial incorporación de Irán. De hecho, en algunos momentos, Kazajstán y Uzbekistán han manifestado su negativa explícita a esta incorporación, aunque son Rusia y, sobre todo, China los que marcan la agenda de la organización. Las cumbres anuales de la OCS ofrecen a Moscú y Beijing un buen foro para tratar diversos temas, pero, como es obvio, no lo necesitan para tratar la cuestión nuclear iraní.

Por todo ello, resulta más que dudoso que el ejemplo kazajo ofrezca un referente mínimamente útil para afrontar el reto que representa el programa nuclear (civil o militar, según quien lo califique) de Teherán.